Artículo III

Del descenso de Cristo a los infiernos.

Como Cristo murió por nosotros y fue sepultado, así también debe creerse que descendió a los infiernos.

De Decensu Christi ad Inferos.

Quemadmodum Christus pro nobis mortuus est, et sepultus, ita est etiam credendus ad inferos descendisse.

Equivalente importante.
A los infiernos = ad inferos.

HISTORIA

Este artículo se derivó de la Confesión de Augsburgo, en la que la declaración se incorporó con el artículo De Filio Dei. Es natural preguntarse por qué el tema debe ser tan prominente como para tener un artículo dedicado a él. Esto se debe probablemente al hecho de que el artículo en su forma actual es el resto del artículo de 1553, que tenía una referencia a los espíritus encarcelados (1 Pe. 3:19). Esto se omitió en 1563. La redacción real de la parte original era la siguiente: "Nam corpus usque ad resurrectionem in sepulchro jacuit, Spiritus ab illo emissus, cum spiritibus qui in carcere sive in inferno detinebantur, fuit, illisque praedicavit: quemadmodum testatur Petri locus" ("Porque el cuerpo permaneció en el sepulcro hasta la resurrección; pero su Espíritu, separándose de Él, estuvo con los espíritus que estaban en la cárcel o en el infierno y les predicó, como atestigua lo escrito al respecto por de San Pedro"). Estas palabras fueron escritas por Cranmer, y de hecho firmadas por los Capellanes Reales, pero en el último momento fueron omitidas antes de la publicación de los Artículos. En 1553 hubo una aguda controversia sobre el tema, y es probable que ésta fuera la causa de la omisión de la última parte del Artículo en 1563. [Micronius escribió a Bullinger desde Londres, el 20 de mayo de 1550: "Están disputando sobre el descenso de Cristo a los infiernos" (Cartas originales, Vol. II, p. 561). El obispo de Exeter también alude al mismo tema: "Ha habido en mi diócesis grandes invectivas entre los predicadores unos contra otros" (Strype, Annals, I, p. 348). (Véase Hardwick, History of the Articles of Religion, pp. 98, 137). Entre 1553 y 1563 hubo evidentemente una tendencia a una mayor moderación de las declaraciones sobre cuestiones relacionadas con el futuro, y es imposible disociar esta omisión de la omisión total de los Artículos Escatológicos, XLI y XLII de 1553. Sin embargo, incluso después de 1563 el tema continuó siendo discutido, ya que en 1597 el Obispo Bilson sostuvo que Cristo descendió al infierno más bajo, allí para triunfar sobre Satanás en sus propios dominios.

I - El significado de la palabra "infierno"

Es importante prestar especial atención a las diversas palabras asociadas con este tema. El equivalente latino de "al infierno" es *ad inferos*, "a los de abajo", siendo *inferi* el equivalente latino de *εν-εροι, εν-ερα(γη)*, que significa "subterráneo". La palabra inglesa "hell" deriva del anglosajón *hellan*, "cubrir", que significa el lugar "no visto" o "cubierto". Es, pues, el equivalente exacto de Hades, *άδης*. Desgraciadamente, sin embargo, la palabra se usa ahora con dos significados diferentes.

1. El Hades griego corresponde al Seol del Antiguo Testamento. El Hades griego corresponde al Seol del Antiguo Testamento. Se traduce "infierno", en el sentido de lugar de castigo, doce veces en el Nuevo Testamento, e "infierno", en el sentido de lugar de los espíritus difuntos sin ninguna referencia al carácter personal, once veces. Por tanto, parece ser un término general para el mundo invisible. Incluye tanto las almas de los justos como las de los malvados, aunque éstas están separadas por "un gran abismo fijo" (1 Sam. 28:19; Lc. 16:23, 26). En el Antiguo Testamento el Hades se coloca en antítesis con el cielo: "Es más alta que los cielos; ¿qué harás? Es más profunda que el Seol; ¿cómo la conocerás?" (Job 11:8). Puede o no ser significativo que la entrada a uno sea siempre una bajada, y a otro siempre una subida. Subir al Seol o bajar al cielo nunca se menciona en las Escrituras. Tampoco se habla nunca del Hades como morada permanente de los justos. Es más bien un lugar sombrío, del que esperan constantemente ser trasladados al resplandor del cielo (Sal. 49:15; 16:10). Y es significativo que, tras la triunfal resurrección de Cristo, el Hades parece desvanecerse del horizonte del creyente, y no se utiliza para describir el lugar para el alma de un creyente tras la muerte de Cristo.

2. Gehena. – Literalmente, este era el valle de Hinom, donde se arrojaban los malhechores y los despojos, y de sus fuegos perpetuos se convirtió en sinónimo de castigo eterno (Josué 15:8; 2 Reyes 23:10; Jer. 7:31). La palabra es fácilmente identificada por los lectores ingleses del Nuevo Testamento, ya que invariablemente se asocia con fuego o juicio (Mateo 5:22; 10:28; Santiago 3:6). Ocurre doce veces. La Gehenna parece ser la morada reservada a los impíos después del juicio final.

3. Tártaro. – Esto se encuentra sólo una vez, y como verbo (2 Ped. 2:4). Parece responder al "profundo" o "abismo" (Lucas 8:31; Apocalipsis 9:11), e indicar el lugar de detención de los ángeles caídos y los espíritus malignos hasta su destino final.

4. Paraíso. – La palabra significa literalmente "un parque de placer" y se encuentra sólo tres veces en el Nuevo Testamento (Lucas 23:43; 2 Cor. 12:4; Apocalipsis 2:7). Una palabra correspondiente aparece tres veces en el Antiguo

Testamento en un sentido secular, que significa "arboleda" o "bosque" (Nehemías 2:8; Ecl. 2:5; Cantares 4:13).

II - El Hecho Del Descenso Al Infierno

Varios pasajes de la Escritura han sido usados en esta conexión.

1. Lucas 23:43. - El malhechor pidió una bendición futura y recibió la seguridad de una felicidad inmediata. Esta es la primera vez que el Paraíso se menciona en la Biblia en una conexión religiosa. Pero no está nada claro que estemos justificados para utilizar este pasaje en apoyo del descenso de nuestro Señor al Hades. Ciertamente, el pasaje nunca se utilizó en los primeros días en este sentido, y probablemente es mejor distinguir claramente entre el Hades y el paraíso. Un hombre en el "tercer cielo" o "paraíso" difícilmente podría estar en el Hades al mismo tiempo, y parecería en todos los sentidos mejor identificar el paraíso con el cielo (Ap. 2:7). No parece haber ninguna justificación real para suponer que los judíos consideraban el paraíso como una parte del Hades. [Muller, *The Christian Doctrine of Sin*, Bk. IV, Ch. II, Section 6; Dorner, *System of Christian Doctrine*, Section 153 (English Edition): "El Paraíso ciertamente no es el Hades"; Salmond, Artículo, "Paraíso" en el *Diccionario Bíblico Hastings*: "No está claro que el Paraíso inferior se concibiera alguna vez en el inframundo, o que el lado feliz del Hades se llamara así"].

2. Hechos 2:27-31. - Véase Salmo 16:10. - Este es el único pasaje claro sobre el tema, y se notará que simplemente declara el hecho sin dar ninguna idea en cuanto al significado o propósito.

3. Ef. 4:9. - Hay dos opiniones sobre este pasaje: unos lo interpretan como el descenso del Señor a la tierra en la Encarnación, y otros como un descenso al mundo invisible. El pasaje es una cita del Salmo 68:18, y los cautivos a los que alude el Apóstol parecen más naturales como habitantes del mundo invisible. La cita se refiere a algún acto de gracia, y está en estrecha relación con un pasaje que se refiere a los dones del ministerio.

4. 1 Pe. 3:6. - Este pasaje se utiliza a veces para apoyar la creencia en el hecho del descenso de nuestro Señor al Hades, y se piensa que su permanencia como epístola para la víspera de Pascua confirma esta opinión. Pero como el pasaje fue deliberadamente omitido de este Artículo en 1563, es obvio que no tenemos derecho a usarlo aquí o en conexión con la declaración similar en el Credo. Estamos vinculados por el hecho de un descenso y no por ninguna interpretación particular del mismo. Antes de esta omisión, el descenso al Hades sólo podía haber sido aceptado por quienes adoptaban este punto de vista del presente pasaje. Pero ahora estamos ciertamente libres, si es necesario, de cualquier obligación de interpretarlo de esta manera. [Si es permisible argumentar en otros lugares a partir de omisiones,

como se hace frecuentemente en relación con las oraciones por los difuntos en el artículo XXII, es ciertamente permisible utilizar argumentos similares aquí].

III - El significado del descenso a los infiernos

Las opiniones han diferido ampliamente con respecto al propósito del descenso de nuestro Señor al mundo invisible. El comentarista más antiguo de los Artículos, Rogers, sólo tiene una breve nota expresiva de la variedad de interpretaciones:-.

"Que Cristo descendió a los infiernos es algo que reconocen todos los cristianos sanos, tanto los de antaño como los actuales; sin embargo, en la interpretación del Artículo no hay el consenso que sería de desear". [La Doctrina Católica de la Iglesia de Inglaterra, p. 60].

El hecho del descenso queda claro en Hechos 2:25-31, y la principal diferencia de opinión respecto a su propósito gira en gran medida en torno al sentido dado a la palabra "infierno."

1. Algunos, como Calvino, consideran que el significado implica que el alma de Cristo fue al lugar del castigo, y que allí sufrió "los espantosos tormentos de una persona condenada e irremediamente perdida". [Calvino, Inst., Libro. II, Cap. XVI, Sección 10.] Esto sería con el propósito de ser nuestro Salvador, para que pudiera beber de la copa de la ira divina contra el pecado hasta las heces, y así convertirse más perfectamente en el sustituto del pecador, pero cuando la palabra "infierno" se interpreta correctamente de "Hades" y no de "Gehenna", este punto de vista, aunque impulsado por un verdadero deseo de expresar completamente la obra redentora de nuestro Señor, es inmediata y necesariamente dejado de lado. Sin embargo, es interesante notar que este punto de vista fue sostenido en general por el obispo Beveridge. [Sobre los Artículos, pp. 126-137].

2. Otros identifican el descenso con la sepultura, considerando la frase equivalente a la anterior, "Fue sepultado". Hay razones para pensar que ésta era la opinión de Rufino de Aquilea, en relación con quien se encuentra el artículo en el Credo. Pero sea así o no, el artículo no puede tener este significado, ya que distingue claramente entre el entierro y el descenso. Además, no parece haber duda de que el hebreo "Seol" nunca debería traducirse por "sepulcro", pues parece significar invariablemente el mundo invisible como distinto tanto del cielo como del infierno (considerado como el lugar del castigo final).

3. También se ha interpretado que significa el descenso a los infiernos, propiamente dichos, considerados como lugar de castigo, con el fin de triunfar sobre Satanás y sus potestades en sus propios dominios. Pero esta es, en todo caso, una interpretación inadecuada, si no inexacta, del pasaje, y es difícil ver por qué nuestro Señor debería haber hecho más de lo que ya había logrado en la Cruz.

"¿Por qué habría de descender a los infiernos para triunfar allí sobre aquellos sobre los que ya había triunfado en la Cruz? ¿Por qué habría de ir a llevar cautivos a aquellos a quienes iba a cautivar cuando ascendiera al cielo?". [Pearson, Sobre el Credo].

4. La mejor, y de hecho la única, interpretación posible es que la doctrina resulta de la unidad de nuestro Señor con nosotros en este, como en cualquier otro punto. Este parece ser el verdadero significado del lugar que ocupa en el Credo y, por tanto, en el artículo. Se considera que nuestro Señor satisfizo todas las condiciones de la humanidad "por nosotros y por nuestra salvación". Nació, creció, vivió, murió, su cuerpo fue sepultado, su Espíritu fue al mundo invisible para esperar la resurrección, resucitó y ascendió. Así, tanto el Credo como el Artículo enfatizan el hecho, y por lo tanto dan testimonio de la realidad de su obra en nuestro favor.

""Tal como está, completa nuestra concepción de la Muerte del Señor. Para nosotros, la muerte es la separación del cuerpo y el alma. Según esta concepción Cristo, al morir, compartió plenamente nuestra suerte. Su Cuerpo fue puesto en el sepulcro. Su Alma pasó a ese estado en el que concebimos que entrarán nuestras almas. Ha vencido para Dios y ha santificado todas las condiciones de la existencia humana. No podemos estar donde Él no ha estado. Él llevó nuestra naturaleza como vivo; llevó nuestra naturaleza como muerto". [Westcott, La fe histórica, pág. 76 y siguientes].

1. La cláusula "descendió a los infiernos" no se encuentra en ningún Credo oriental y, de hecho, el primer Credo de cualquier tipo que la contiene es aparentemente un Credo arriano, aceptado en Ariminum, 359, un Credo latino que conocemos a través de la versión griega en la Historia Eclesiástica de Sócrates. La redacción es interesante: "Fue crucificado, y murió, y descendió a los infiernos, y se deshizo de los asuntos allí; a cuya vista temblaron los porteros del Hades". Se ha sugerido que la cláusula puede haber sido insertada en este Credo "más eficazmente para cegar los ojos de los ortodoxos" [Heurtley, Harmonia Symbolica, p. 134]. Pero no fue hasta alrededor del año 400 que el artículo se encuentra en un Credo Bautismal en conexión con la Iglesia de Aquilea. Rufino dice que en ese tiempo la cláusula no estaba en el Credo de la Iglesia Romana. Así que tenemos esta curiosa combinación: en el Credo Niceno está la declaración de la sepultura, no del descenso; en el de Atanasio el descenso, no la sepultura; en el Credo de los Apóstoles están ambas. Sólo se aceptó gradualmente, y entonces principalmente a través de los escritos de San Agustín. En el siglo VII aparece probablemente por primera vez la forma, descendit ad inferos, y después se encuentran las dos formas. En la Iglesia Episcopal Protestante de los Estados Unidos la frase es opcional, y una rúbrica establece que la interpretación es: "Descendió al lugar de los espíritus difuntos".

2. El hecho del descenso, aunque no se encontró en un Credo hasta el siglo V, fue, sin embargo, utilizado definitivamente en conexión con la herejía de Apolinar. Proporcionaba una prueba clara de que nuestro Señor poseía un alma humana, ya que sólo ésta podía haber descendido al mundo invisible. Es curioso, por tanto, que este artículo apareciera en un Credo arriano antes que en uno ortodoxo, y es por esta razón que se ha sugerido que la profesión arriana pretendía distraer la atención del error de la verdadera cuestión entre ellos y la Iglesia respecto a la deidad esencial de nuestro Señor.

3. Es, sin embargo, muy digno de mención que mucho antes de estas declaraciones creenciales la creencia en un descenso al Hades fue ampliamente adoptada. Ya estaba desarrollada en los siglos II y III, y, de hecho, la creencia puede considerarse unánime, aunque había grandes diferencias de opinión en cuanto a su significado y propósito [Moule, *Outlines of Christian Doctrine*, p. 96; Gibson, *The Thirty-nine Articles*, 175].

4. Pero es importante notar que a pesar de esta amplia y detallada referencia al descenso al infierno, no parece haber habido ningún pensamiento de un purgatorio, o de una nueva oportunidad para aquellos que habían dejado la tierra sin la aceptación de Cristo [Moule, *ut supra*, p. 97].

V - El Descenso al Infierno y el Estado Intermedio

Últimamente se ha llamado mucho la atención sobre la doctrina de un estado intermedio entre la muerte y el juicio, y aunque esta doctrina no se basa en el Artículo ni en el Credo, parece necesario considerarla. Aunque, como hemos visto, la Iglesia ya no nos obliga a asociar 1 Pe. 3:19 con esta doctrina, sin embargo, debido a que el pasaje se encuentra como Epístola para la Víspera de Pascua, a menudo se dice que el uso todavía indica la interpretación de la Iglesia de ese pasaje. No cabe duda de que ésta era la opinión general de los Reformadores, como se ve en los documentos de su época*. Se notará, sin embargo, que estos pasajes en su mayor parte sólo afirman el hecho de que el Espíritu de nuestro Señor descendió al mundo invisible. Es bien sabido que se trata de un pasaje de gran dificultad, y es natural preguntarse qué hizo Cristo en aquellas regiones de muerte. Mirando el pasaje en su conjunto (1 Ped. 3:18-4:6), parece haber dos partes importantes y distintas de su obra. Hizo una proclamación a las almas antediluvianas encarceladas (3:18-21), y liberó a los espíritus de los justos, que por temor a la muerte habían estado toda su vida sujetos a esclavitud (4:1-6). En cuanto al primero de estos actos, existen graves diferencias de opinión sobre la identidad de "los espíritus encarcelados". La palabra "prisión", que tiene asociaciones malignas, debe tenerse en cuenta, y también es significativo que la palabra "espíritu" no se utilice en ningún otro lugar para describir a los seres humanos. Además, la palabra "predicado" no es el término habitual para el Evangelio, sino que indica la proclamación de un heraldo. Parecería, por tanto, que nuestro Señor proclamó su

victoria a "los espíritus encarcelados" y, como indica el contexto, demostró así su autoridad suprema (ver. 22). Pero la otra comisión parece ser muy diferente. Los santos que murieron antes de la Encarnación eran "prisioneros de la esperanza". Fueron "reunidos con su pueblo" (Gén. 25:8), pero no parece haber habido ninguna perspectiva inmediata después de la muerte, excepto la que era oscura y deprimente. Pero la muerte y descenso de Cristo al Hades supuso un gran cambio para aquellos dignatarios del Antiguo Testamento, y ya no oímos hablar de la morada de los espíritus como "abajo", sino como "arriba" o "lejos". Tales pasajes parecen indicar el hecho de que se produjeron grandes cambios mediante la redención consumada de nuestro Señor, que el Seol de la Antigua Alianza fue vaciado de los santos de la dispensación anterior, y que en la ascensión de nuestro Señor los llevó consigo en triunfo (Heb. 11:40). Y luego parecen ser descritos como "los espíritus de los justos hechos perfectos" (Heb. 12:18, 23); es decir, que aquellos antiguos cristianos hebreos eran ahora "hechos perfectos", y que con ellos los cristianos del Nuevo Testamento ("la Iglesia") eran "llevados cerca". ¿No es posible que la creencia generalizada en la Iglesia primitiva de que nuestro Señor había liberado las almas piadosas de los santos del Antiguo Testamento en el Hades y las había llevado con Él al cielo expresara una gran verdad? Por supuesto, las extravagantes historias añadidas por la imaginación de los hombres tendían a identificar la verdad Escritural con las fábulas humanas, y en las controversias del siglo XVI parece bastante claro que el temor a la doctrina católica romana del purgatorio llevó a nuestros Reformadores a abstenerse de prestar más atención de la que prestaban a la doctrina Escritural del descenso de Cristo al Hades antes que admitir cualquier enseñanza que pareciera favorecer el Limbus Patrum de la Iglesia de Roma. O bien ignoraron la verdad de que nuestro Señor hubiera efectuado algún cambio, o bien se permitieron complacerse en interpretaciones que ahora se ven como imposibles. Pero no debemos caer ni en el error de exaltar el Hades al cielo, ni en el peligro moderno de reducir el cielo al Hades. [Estoy en deuda por la interpretación anterior con dos folletos, *The Gospel in Hades*, por el Rev. R. W. Harden (Dublín, Combridge & Co.), y *¿Hades o Cielo?* por el mismo autor (Dublín, William McGee), donde se puede ver una discusión más completa de los diversos pasajes. Para una exposición de otras interpretaciones del pasaje de la Epístola de San Pedro puede hacerse referencia a la obra del presente autor *The Apostle Peter* (pp. 222)].

[Entonces murió verdaderamente y fue verdaderamente sepultado, para apaciguar con su dulcísimo sacrificio la ira de su Padre contra los hombres y someter con su muerte al que tenía la autoridad de la muerte, que era el Diablo; pues no sólo los vivos, sino también los muertos, sea que estuvieran en el infierno o en otra parte, sintieron todos el poder y la fuerza de su muerte, a quienes, estando en la cárcel (como dice Pedro), predicó Cristo, aunque muerto en cuerpo, pero reviviendo en espíritu" (Catecismo de 1554). "Christum ut corpore in terrae viscera, ita, anima a corpore separata, ad inferos descendisse; simulque etiam mortis sum virtutem, atque, efficacitatem ad mortuos atque inferos adeo ipsos ita penetrasse, ut et incredulorum animae acerbissimam iustissimamque infidelitatis suae damnationem,

ipseque inferorum princeps Satanas, tyrannidis suae, et tenebrarum potestatem omnem debilitatam, fractam atque ruina collapsam esse persentiret: contra vero mortui Christo dum vixerunt fidentes, redemptionis suae opus iam peractum esse, eiusque vim atque virtutem cum suauissima certissimaque consolatione, intelligerent atque perciperent (que Cristo, se encontraba como cuerpo en las entrañas de la tierra, así, estando su alma separada del cuerpo, descendió al inframundo; y al mismo tiempo el poder de su muerte, y su eficacia sobre los muertos y el inframundo, penetró de tal manera que las almas de los incrédulos sintieron la más amarga y justa condenación de su incredulidad, y el mismo Satanás, gobernante del mundo inframundo, sintió que todo el poder de su tiranía y oscuridad estaba debilitado, quebrantado y colapsado pero aquellos que murieron mientras vivían confiando en Cristo, debían comprender y percibir que la obra de su redención ya había sido cumplida, y así recibir su poder y fuerza con el más suave y seguro consuelo)" (Catecismo de Nowell, 1570)].

Parece necesario observar que este punto de vista de que nuestro Señor trasladó las almas de los santos del Antiguo Testamento por medio de su muerte, no debe ser considerado como un argumento para otra oportunidad de salvación, o para las doctrinas asociadas con la futura prueba después de esta vida. Por el contrario, los pasajes deben ser interpretados estrictamente de acuerdo con su contexto, sin extraer de ellos ninguna doctrina que no esté justamente justificada, y en cualquier caso, puede ser bueno tener en cuenta las solemnes palabras de un gran escritor moderno, y contentarse con ellas: -.

"Lleva la luz a la tumba. Pero más que esto no nos atrevemos a decir con confianza sobre un misterio en el que nuestro pensamiento falla y la Escritura calla. Las conmovedoras imágenes que la fantasía de los primeros cristianos dibujó de la entrada de Cristo en la prisión de la muerte para proclamar su victoria y llevar a los antiguos santos como compañeros de su triunfo; o de nuevo, para anunciar el Evangelio a aquellos que no lo habían oído, descansan sobre una base demasiado precaria para reclamar la aceptación general. Estamos seguros de que los frutos de la obra de Cristo se ponen a disposición de todo hombre, estamos seguros de que Él coronó cada acto de fe en patriarca o rey o profeta o santo con una alegría perfecta; pero cómo y cuándo no lo sabemos, y, por lo que parece, no tenemos facultad para saberlo. Mientras tanto, nos aferramos a la verdad que nos enseña nuestro Credo. Para el mundo antiguo, tanto para el judío como para el gentil -y es un hecho que se olvida con demasiada frecuencia- "el Mundo Subterráneo", el "Seol", el lugar de los espíritus, era un lugar de lúgubre penumbra, de debilidad consciente y opresiva. Cristo ha aligerado incluso este temor natural del corazón. No hay nada en el hecho de la muerte, nada en las consecuencias de la muerte, que Cristo no haya soportado por nosotros: Fue sepultado, descendió al Hades, lugar de los espíritus"* [*Westcott, ut supra, p. 77 y ss.].

Hay una tradición extraordinariamente fuerte entre los Padres de que Cristo descendió a los patriarcas y profetas de la Antigua Dispensación, y les predicó, y mejoró su condición. No hay ningún otro pasaje de la Sagrada Escritura del que pueda haberse originado tal tradición; y parecería, por tanto, que los Padres consideraron que los mencionados por San Pedro no eran más que especímenes, por así decirlo, de una clase, es decir, de aquellos que habían vivido y muerto bajo la Antigua Alianza. Puede ser. Pero esto es todo lo que se puede decir. Donde la Escritura guarda silencio, tal inferencia debe ser más o menos precaria, y aunque la opinión pueda parecer probable, sólo puede ser sostenida (si acaso) como una "opinión piadosa", que no puede ser impuesta a nadie como parte de la fe. En cualquier caso, sería extremadamente imprudente deducir de este pasaje la posibilidad de una extensión del día de gracia, o una oportunidad de arrepentimiento más allá de la tumba, para los cristianos, cuyo caso es totalmente diferente. No puede decirse que las palabras del apóstol ofrezcan la más mínima base para esperar una segunda oferta de salvación a ninguno de los que han menospreciado o abusado de la revelación de Dios hecha 'en Su Hijo'" (Gibson, ut supra, p. 174).

[Véase también Martensen, *Christian Dogmatics*, pp. 316-318; Litton, *Introduction to Dogmatic Theology* (Segunda edición), p. 196; C. H. H. Wright. *El Estado intermedio*].